

Es divertido porque es verdad y porque no está preparado: mientras yo pico esta entrevista en el piso de arriba, en la planta baja mi pareja escucha una conferencia de Ignacio Peyró sobre el artista/artesano de la Inglaterra victoriana William Morris en la web de la Fundación Juan March. El contraste es maravilloso: he aquí un escritor capaz de detenerse a disfrutar con los detalles más sofisticados del diseño evocador de un soñador como Morris para luego zambullirse en la explosión hedonista de la que es sinónimo el muy universal pero no tan universalmente prestigioso Julio Iglesias. Juguetón y culto, conservador pero moderno, o al revés, Peyró nos entrega estos días un libro lleno de amabilidad y diversión, *El español que enamoró al mundo*, una biografía del autor de 'La vida sigue igual' que no pretende exactamente contar nada nuevo, sino hacerlo bajo el signo de la literatura, en un caso paradigmático de la importancia del tono en los buenos libros. Este es un libro para compartir entre amistades, para reír y sentir algo así

En el libro alude a que Julio Iglesias ha sido carne de ironía posmoderna en forma de memes, pero lo cierto es que su propio libro desprende mucha ironía modernista inglesa, eso sí, muy afectuosa con el personaje.

→Eso último era importante para mí. No quería que pareciera que escribo desde la condescendencia o la arrogancia cultural, o que no me tomo del todo en serio al personaje. No se trata de que yo haya descendido de la fuente Castalia para echarle un vistazo a ese señor que arrastraba masas en Paraguay y nunca pretendió ser Rilke. Pero lo cierto es que tanto la época como la estética se prestaban a la ligereza y el humor, aparte de que uno siempre ha escrito desde una visión ambigua e irónica de las cosas. Hombre, si un día dedico una página a la Primera Guerra Mundial quizá no tanto, pero en general mi forma de decir las cosas es esa. En todo caso, creo que la ligereza

Texto: Nadal Suau
Fotografías: Daniel Ibáñez


como una nostalgia agradable por una España y una segunda mitad del siglo XX que tuvieron mucho de mejorable, pero también bastante capacidad para la sonrisa.

Peyró y yo mantenemos la siguiente conversación a distancia, mediante una aplicación de videollamada. Lo pillo en Madrid, en un descanso de sus días romanos como director del Instituto Cervantes en aquella ciudad. Libros al fondo, camisa blanca y muchas ganas de hablar de un libro que, en ese momento, no había llegado a librerías (lo hizo el 24 de febrero): con todos ustedes, Ignacio Peyró, esta vez por *balada dance*.

y la ironía se agradecen, siempre que se entienda que son amables: es que a mí Julio Iglesias me cae bien.

En general, parece un tipo difícil de odiar. Conozco a gente de lo más variopinta ideológicamente que lo mira con simpatía, al margen de si les gusta o no su música (a menudo, no).

→En el fondo, una cuestión implícita pero central del libro es el porqué del carisma, por qué alguien como tú o como yo, con dos manos y dos piernas y una belleza no tan extraordinaria logra triunfar tanto. Podemos especular con que él tenía un punto de vulnerabilidad, una falta de solemnidad que el público agradecía, etc. Pero en el fondo, simpatía y carisma son conceptos imposibles de definir: ¿por qué los tiene Obama y no Landelino Lavilla? Pues bien, entre nosotros los españoles, Julio es quien ha encarnado el carisma de un modo más apoteósico.



*Si no es divertida
la vida de Julio
Iglesias, ¿qué será
divertido entonces? »*

Ignacio Peyró

Y bastante de eso ha sobrevivido incluso a un cambio cultural que convierte al personaje en algo muy de antiguo régimen, ¿no? Toda su forma de entender al hombre y la mujer, por ejemplo...

→Hay cosas que se decían antes (y no solo él) que ahora nos chocan muchísimo, está claro. Pero fíjate: Hugh Grant, Tiger Woods o Bill Clinton cometieron una serie de errores que los llevaron a protagonizar caídas absolutas, mientras que eso no ha pasado con Julio, quizá porque ha ido siempre con la verdad por delante: hablamos de un señor cuya canción de referencia se titula 'Soy un truhan, soy un señor'. Diría que el mundo castiga más la hipocresía o la incoherencia que los errores, y Julio jamás ha tenido doblez.

En los primeros capítulos del libro, me ha sorprendido asistir a la vida de Julio Iglesias cuando todavía no era 'Julio Iglesias', antes del éxito. Resulta inconcebible que durante más de veinte años no fuese famoso, no fuese nadie.

→Toda esa parte he podido escribirla relamiéndome, porque transcurre en escenarios que conozco muy bien, como San Francisco de Sales y su relación con los jerarcas del régimen, ese humor social. Al final, se trata de una historia de superación, porque Iglesias enferma y está a punto de morir a los veinte años, tiene que afrontar una rehabilitación horrorosa, y ese es un tiempo que no se te devuelve. Hay momentos en los que se quiere morir, porque ve que no va a ninguna parte, que no podrá ni caminar. Al final salvó la jugada, un poco por suerte y otro poco porque su padre era un buen médico con muchos contactos, pero aquello no fue ninguna broma. Y en el famoso accidente de coche, aunque se dramatizó muchísimo con fines de caracterización del personaje, también pudo perder la vida. De todos modos, más que todo esto, a mí me gusta observar cómo su historia personal acompaña un cierto trepar de la familia, un linaje de camisas viejas sin mucho dinero que abraza el desarrollismo y las suecas para ir mejorando poco a poco, desde vivir en una pensión barata del centro de Madrid hasta comprarse una casa en la playa valenciana.

La historia de Julio Iglesias también es un correlato de la historia de la España de su tiempo.

→Tampoco he querido subrayar demasiado este aspecto, pero sí, es cierto. Es una vida que parte del franquismo y luego atraviesa la prosperidad y el aperturismo democráticos, la apertura económica y moral al mundo de los últimos setenta. Pensemos que Iglesias es el primer

Isabel Preysler fue el amor de su vida, la que le dolió, a la que nunca logró tener del todo»

